

El octavo... no levantar falso testimonio ni mentir, señor conde.

«Mas la pintura galana  
Que os hago, me pone enfermo...»

No es extraño. Pero si al conde le pone enfermo, figúrese lo que nos pasará á los lectores que no somos de la Academia.

«Mas la pintura galana  
Que os hago, me pone enfermo...  
Las diez van á dar; me duermo:  
Quédese para mañana.»

No hay inconveniente.

Y mejor todavía que para mañana, para nunca.

Es de notar que el conde-académico se ha dormido una hora y algunos minutos antes que Baltasar de Alcázar.

Pero por eso no hemos de reñirle.

De ninguna manera.

Aunque se hubiera dormido su excelencia un poco más temprano, nada hubiera perdido la literatura.

## XXII.

## CONCLUSION.

No dejaré de haber lectores compasivos que hayan encontrado estas críticas demasiado acerbas. Mas para que reformen su juicio y las tengan por justas, yo les ruego que consideren la enormidad de los desatinos criticados. Y si no es bastante, consideren también que los académicos, que han hecho la carrera por la literatura, y se han subido á los puestos más altos aparentando condiciones que no tienen, y fabricándose allá entre ellos reputaciones convencionales, no merecen que nadie les tenga lástima. *Stulta est clementia*, como dijo Juvenal (1) *stulta est clementia cum tot ubique vatibus occurras...* lo cual quiere decir que es una tontería compadecerse de semejantes poetastros.

También habrá lectores mal pensados que

---

(1) *Satyra I.*

comparando el número total de académicos, que es de tres docenas, con el número de los criticados aquí, que apenas pasa de una, me tachen de parcial y de injusto. Para probarles que no lo soy, necesito explicarles las excepciones.

Corre como verdad entre la pobre gente campesina, que para comer una culebra sin que haga daño, es menester cortarla cuatro dedos por la cabeza y cuatro por la cola.

Así he querido yo preparar la culebra académica antes de aderezarla para servírsela al público.

En primer lugar, la he cortado los cuatro dedos por la cabeza, separando los cuatro académicos siguientes:

1.º DON JOSÉ ZORRILLA. De este ilustre poeta no tenía nada que decir: He escrito su biografía crítica para la galería de *Celebridades Contemporáneas*, y allí he juzgado lealmente sus obras. Allí puede el que lo desee conocer mi juicio sobre el poeta español y cristiano.

2.º DON RAMÓN DE CAMPOAMOR. También es verdadero poeta, aunque de distinta índole. Derrocha el ingenio y la gracia en sus versos que son muy hermosos. ¡Ay! Ojalá que el fondo de sus composiciones fuera siempre tan sano como es bella la forma.

Lamartine dijo: «Toda poesía que no se resuelve en filosofía, no es más que un ju-

guete. Toda filosofía que no se trasforma en santidad, no es más que un sofisma.»

Don Ramón de Campoamor, cumple perfectamente la primera parte de este canon; pero no suele cumplir tan perfectamente la segunda. La poesía de don Ramón de Campoamor, siempre se resuelve en filosofía; pero su filosofía no se trasforma en santidad siempre.

No es anticatólico, no es sectario de la irreligión ni de la impiedad, pero por no renunciar á tal ó cual ocurrencia graciosa y aguda, aparece en ocasiones un poco verde, en ocasiones un poco escéptico. Se lo he criticado muchas veces, pero no acaba de enmendarse.

3.º DON EMILIO CASTELAR. Tiene mucho talento y sabe mucho. No ha escrito versos, á lo menos yo no los he visto. Escribiendo en prosa no es puro del todo, pero como orador no hay quien le iguale. Extraviado en su juventud, comenzó poniendo sus grandes facultades al servicio de la demagogia. Cuando al gobernar tocó los terribles resultados prácticos de su mala doctrina, tuvo la sinceridad de confesar su error. Desde entonce va recogiendo velas y cambiando de rumbo. ¿Llegará al puerto de la verdad? ¡Dios lo haga!

4.º DON CRISTINO MARTOS. Otro gran orador político, puesto también al servicio de los errores liberales. Tampoco ha escrito versos. Además, ni éste ni los otros tres académicos anteriores, han tomado en serio el oficio.

Por el otro lado, por la parte opuesta, también hubo que cortar á la culebra académica otros cuatro dedos.

COMELERÁN, PIDAL (el mayor), el conde de CASA VALENCIA, DON FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ... ¿Qué iba yo á decir de estos cuatro académicos, si no se les conoce obra ninguna, ni han hecho nada, ni bueno ni malo?

Al primero, dice el señor Castelar que fuí yo quien le llevó á la Academia, y lo dice porque sabe que le llevaron Cánovas y sus amigos por odio no más á mi humilde persona, porque fue el que les sirvió para firmar con el barbarismo de *Quintilius* los artículos que confeccionaban hace tres años Tamayo, Cañete, D. Aureliano, y el mismo D. Antonio para defender el *Diccionario* contra mis censuras.

Al segundo, le hicieron académico porque lo había sido su padre D. Pedro José Pidal, y él no quería ser menos.

Al tercero, le hizo académico el mismo que le había hecho ministro, D. Antonio Cánovas, su cuñado, cuando no lo era todavía.

Al cuarto no se sabe por qué le hicieron académico, quizá porque no hubiera otro pretendiente.

Separados estos ocho académicos, cuatro por delante y cuatro por detrás, quedaban veintiocho, de los cuales he estudiado los trece siguientes: Menéndez Pelayo, Pidal (el

menor), Cañete, Fernández Guerra, Echeagaray, Madrazo, Silvela (el mayor), Valera, Cánovas, Catalina, Balaguer, Núñez de Arce y el conde de Cheste.

De los otros quince.... la verdad es que debí separar todavía por la parte última al ingeniero D. Eduardo Saavedra y á don Eduardo Benot, ambos desconocidos en el reino literario, que no sé por qué se ha de llamar siempre república.

Y también debí haber separado por la parte de la cabeza á D. Gabino Tejado, al padre Miguel Mir (S. J.), á D. Francisco Silvela y aun á D. Pedro Antonio de Alarcón, por aquello de que *favorabilia sunt amplianda*.

El primero, el señor Tejado, escribió versos en su juventud no buenos del todo; pero merece perdón porque es un gran prosista. Ha escrito muchos y excelentes artículos en gálana prosa, y siempre en defensa de la causa de la verdad, lo que es miel sobre hojuelas.

El padre Mir no ha escrito versos. Escribe una prosa muy correcta, pero un poco artificial y arcaica: se revela en ella demasiado trabajo y demasiado estudio.

D. Francisco Silvela, buen abogado y buen orador político; intencionado y frío como él solo. No ha escrito versos. En prosa tampoco sé que haya hecho más que el estudio sobre las cartas de la Venerable Agreda que está bien escrito. No es obra que revele un escri-

tor de profesión con estilo propio, pero es obra formal y discreta, como de un hombre de talento; y aunque no está exenta de faltas, no merece ser criticada en burlas.

D. Pedro Antonio de Alarcón antes de entrar en la Academia era un escritor muy ameno, de imaginación lozana, de mucho ingenio y de estilo, aunque no del todo castizo, bastante agradable. Sus novelas cortas y sus viajes se leen con deleite. Como poeta también es mucho mejor que dos por lo menos de los tres que ha escogido el señor Boris de Tannenberg para la terna de poetas menores. Después de entrar en la Academia se contagié, se amaneró, quiero decir, y hacía una prosa tan llena de paréntesis, que resultaba ininteligible. Ahora está enfermo, y pido á Dios que le dé salud si le conviene.

En lo que queda del cuerpo de la culebra académica después de estas últimas segregaciones, tenemos á D. Manuel del Palacio, académico nuevecito. No es un poeta como Zorrilla ó Campoamor, pero es poeta. Ha escrito muchos versos que valen poco, pero tiene composiciones muy estimables. Más que por la inspiración se ha distinguido por el ingenio.

El señor Castro y Serrano ni es poeta ni como prosista es notable, pero no es malo.

El duque de Rivas y D. Leopoldo Augusto de Cueto, son un par de malos poetas de pri-

mer orden; pero ya llevaron una buena carda en el libro de los *Ripios Aristocráticos*, y no había necesidad grave de volverlos á cardar ahora. Verdad es, que también el conde de Cheste había sido juzgado allí y ha vuelto á llevar aquí otro rifa-rafe; pero no es lo mismo, porque el conde de Cheste es nada menos que Director de la Academia, y preterirle por entero en un libro de RIPIOS ACADÉMICOS hubiera producido escándalo.

D. Benito Pérez Galdós, ha tenido mucha vocación de académico. Tanta, que después de haber sido una vez candidato y haber sido pospuesto á Comelerán ¡á Comelerán! todavía entró en la Academia. No es poeta ni presume de tal, y aun para poder calificarle de novelista hay sus más y sus menos. Los liberales le han alabado mucho, porque tiene algo de intención anticatólica.

Tamayo y Barrantes tienen en sus obras muchos ripios y muchos plagios; y Rubí... no se diga. Yo no sé cómo pudo pasar por poeta allá en sus tiempos. Aunque también pasó Camprodón, y también hubiera entrado en la Academia si hubiera tardado en morir.

Estos últimos bien merecían cada uno su artículo; pero ya no caben más en este tomo. ¿Haré otro para ellos? Quizá sí, quizás no, ¿quién sabe?

Merecer es verdad que lo merecen; pero no creo que esté escrito en ninguna parte

que yo precisamente haya de corregir todos los ripios.

¡Bah! Si yo, débil mortal, hubiera de flagelar á todos los que han escrito y escriben disparates, pronto se me gastarían las disciplinas y la fuerza para manejarlas.

Como que del jefe de los dioses dijo Ovidio:

*Si quoties peccant homines sua fulmina mittat,  
Jupiter, exiguo tempore inermis erit.*

FIN.

## ÍNDICE.

---

	Páginas.
I.....	5
II.....	17
III.....	29
IV.....	37
V.....	49
VI.....	61
VII.....	75
VIII.....	89
IX.....	97
X.....	109
XI.....	123
XII.....	137
XIII.....	147
XIV.....	159
XV.....	171
XVI.....	183
XVII.....	191
XVIII.....	203
XIX.....	217
XX.....	229
XXI VERBOS EN CAZUELA.....	245
XXII CONCLUSIÓN.....	257